

Belinda



MARIA EDGEWORTH

Libros de
seda

*Una prudencia esclarecedora y esclarecida
ni crédula ni desconfiada en demasía
que desdeñaba el miedo cobarde de la injusta sospecha
y sin debilidad alguna supo ser sincera*

LORD LYTTELTON,
To the Memory of a Lady Lately Deceased: A Monody
(1747)

Advertencia



Todo autor tiene derecho a llamar a su obra como considere apropiado. El público, asimismo, tiene derecho a aceptar o rechazar la clasificación que se le presente.

La siguiente obra se ofrece al público en forma de «cuento moral», pues la autora no desea considerarla una novela. Si todas las novelas fueran como las de *madame* de Crousaz, la señora Inchbald, la señorita Burney o el doctor Moore,¹ la autora adoptaría gustosa tal nombre, pero tantos disparates, errores y vicios se difunden en libros denominados «novelas» que espera que su deseo de darle otro nombre a este se atribuirá a sentimientos loables y no a un exceso de escrúpulo.

1 N. de la Trad.: Se refiere respectivamente a Isabelle Polier de Bottens, también conocida como Isabelle de Montolieu, Elizabeth Inchbald, Frances Burney y John Moore, autores muy populares en la época en que se publicó *Belinda*.



PRIMER VOLUMEN

Capítulo 1



Personajes

La señora Stanhope, una mujer educada, experta en esa rama del conocimiento que llamamos «el arte de prosperar en el mundo», había logrado, con una pequeña fortuna, vivir rodeada de la más elevada compañía. Se enorgullecía de haber establecido a media docena de sobrinas del modo más venturoso; es decir, casándolas con hombres de renta muy superior a la suya. Solo le quedaba una soltera, Belinda Portman, de quien había resuelto librarse cuanto antes. Esta era bella, graciosa, alegre y muy habilidosa; su tía se había esforzado por enseñarle que la principal tarea de una joven dama era agradar en sociedad y que todos sus encantos y méritos debían supeditarse invariablemente a un gran objetivo: establecerse en el mundo. Sin embargo,

*A tal fin ojos, labios y manos instruidos
hacían de la instrucción sordos oídos.²*

La señora Stanhope no encontró en Belinda discípula tan dócil como el resto de sus sobrinas, pues la mayor parte de su educación había tenido lugar en el campo, donde pronto había tomado gusto a los placeres

2 N. de la Trad.: En el original, «For this, hands, lips and eyes were put to school, / and each instructed feature had its rule». Versos 21-22 del poema *Advice to a Lady*, de Lord Lyttelton (1731).

domésticos; adoraba leer y de natural solía actuar con prudencia e integridad. Su carácter, empero, aún no estaba forjado por las circunstancias.

La señora Stanhope vivía en Bath, donde abundaban las oportunidades de mostrar a la sobrina bajo una luz favorable; no obstante, cuando su salud comenzó a decaer, vio que no podría salir con la joven tanto como hubiera deseado. Después de maquinarse con más arte de lo acostumbrado, aseguró para Belinda un lugar durante la temporada junto a la elegante *lady* Delacour, y su señoría quedó tan complacida con las cualidades y la vivacidad de la señorita Portman que la invitó a pasar el invierno con ella en Londres. Poco después de llegar a la ciudad, Belinda recibió la siguiente carta de la tía Stanhope:

Crescent, Bath

Tras buscar por todos los sitios que pudiera imaginar, Anne encontró tu pulsera en el tocador, entre un montón de cachivaches que dejaste para que los tiraran. Te la envió de mano de un joven caballero que vino a Bath (desafortunadamente) el mismo día en que te fuiste: el señor Clarence Hervey, conocido y gran admirador de milady Delacour. Se trata, de hecho, de un joven particularmente agradable, muy bien emparentado y con una estupenda fortuna independiente. Además, es hombre ingenioso y galante, buen conocedor de la gracia y belleza femeninas: el hombre perfecto para poner de moda un nuevo rostro. Así que, mi querida Belinda, te pido que estés bella cuando te lo presenten y recuerda lo que tantas veces te he repetido: nadie puede tener buen aspecto sin tomarse ciertas molestias por agradar.

Veo (o al menos veía cuando salía más de lo que mi actual estado de salud me permite) un sinfín de bobas, cortadas todas por el mismo patrón, que frecuentan lugares públicos día tras día y año tras año sin otra idea que la de divertirse u obtener admiración pasajera. Cómo he compadecido y despreciado a esas veleidosas criaturas al observarlas poniéndose en ridículo con sus insignificantes aires; compitiendo entre sí de la manera más obvia y, por tanto, más ridícula, hasta el punto de exponerse ante los mismos hombres que querrían atraer; charlando, riendo con disimulo y coqueteando; pensando únicamente en el presente sin considerar lo más mínimo el futuro; contentándose si habían conseguido pareja para un baile sin pensar siquiera



en una pareja para la vida. A menudo me he preguntado qué será de tales muchachas cuando envejecan o se afeen o cuando el ojo público se canse de ellas. Si poseen una gran fortuna no pasa nada: pueden divertirse durante una temporada o dos sin dudar, seguras de que después las buscarán y las seguirán no solo los galanteadores, sino también hombres con ideas y pretensiones respetables. Pero opino que no hay nada más triste que una pobre chiquilla que, después de gastar no solo los intereses, sino también el sólido capital de su pequeña fortuna en vestidos y frívolas extravagancias ve arruinadas sus expectativas matrimoniales (como a muchas les sucede por no empezar a especular a tiempo). A los treinta y cinco o treinta y seis años descubre que es una carga para sus amigos, que carece de medios para ser independiente (porque este tipo de muchacha nunca piensa en «aprender» a jugar sus cartas) y que está de más en la sociedad y compelida al mismo tiempo a depender de cualquier conocido que desearía mandarla a paseo, ya que es incapaz de devolver la cortesía como es debido al carecer de hogar adecuado (y con ello me refiero a una renta, una casa, etc.) para recibir visitas de cierto nivel. Mi queridísima Belinda, ¡que este no sea nunca tu caso! Tú cuentas con todas las ventajas posibles, tesoro: no se ha escatimado esfuerzo alguno en tu educación y (lo que es más importante) me he encargado de que esto se sepa. Así que tienes fama de ser perfectamente talentosa. Y tendrás fama de ser muy elegante si te dejas ver con frecuencia en público, como sin duda harás de la mano de lady Delacour. Tu propia sensatez te hará ver, querida, que dada la situación de milady y su conocimiento del mundo, siempre y en todos los temas de conversación será adecuado que ella te guíe y tú la sigas. Sería de lo más inapropiado que una joven como tú sufriera por competir con una dama cuyo ingenio y belleza son indiscutibles. No es necesario que diga nada más a este respecto. Aun con tu limitada experiencia, seguro que has observado la manera tan estúpida con que las jóvenes ofenden a las personas imprescindibles para sus intereses por una imprudente concesión a la vanidad.

Lady Delacour tiene un gusto incomparable en el vestir: consúltale, querida, y ni se te ocurra contradecirme por una idea equivocada de la economía. Por cierto, no pongo objeción alguna

a que seas presentada en la corte. Por supuesto, si sabes conducirte adecuadamente, dispondrás de crédito con todos los comerciantes que atiendan a su señoría. Es muy encomiable saber cómo y cuándo gastar dinero, pues en ciertas situaciones la gente juzga lo que uno se puede permitir por lo que uno gasta. No conozco ley alguna que obligue a una joven a confesar su edad o fortuna, y tú aún no tienes necesidad de preocuparte por ninguna de esas cuestiones.

*Por ejemplo, yo he cubierto la vieja alfombra con una estu-
penda tela de hule verde y todo aquel que viene a verme asume de inmediato que lo que hay debajo es una pieza suntuosa. Transmí-
tele todo lo que fuere apropiado y con los modales más exquisitos a milady Delacour.*

Adieu, mi querida Belinda.

Con todo mi afecto,
SELINA STANHOPE

En ocasiones quiere la suerte que los medios aplicados para producir cierto efecto en la mente operen exactamente el opuesto al esperado. La continua preocupación de la señora Stanhope por la apariencia, los modales y la posición de su sobrina habían agotado por completo la paciencia de Belinda. Se había vuelto más insensible a las alabanzas a sus encantos y prendas personales de lo que solían ser las jóvenes de su edad de tanto que la había halagado y «exhibido», como suele decirse, su tía la casamentera. No obstante, gustaba de divertirse y se había contagiado de algunos de los prejuicios de la señora Stanhope en favor del rango y la moda. Su gusto por la literatura decaía en proporción a su contacto con la sociedad selecta, ya que en ese mundo no veía utilidad alguna a los conocimientos que había adquirido y su mente nunca se había visto animada a demasiada reflexión; en general, actuaba como un mero títere en manos de otros. Hasta aquel momento había obedecido de manera ciega, habitual e ilimitada a la tía Stanhope, aunque era menos calculadora y estaba más libre de afectación y coquetería de lo que se podría haber esperado a tenor de la educación recibida. Estaba encantada con la idea de su estancia con *lady* Delacour, a quien consideraba la persona más agradable (no, esa sería una expresión demasiado blanda), la más fascinante que jamás había contemplado. Tal era la luz

bajo la que aparecía su señoría no solo para Belinda, sino para el resto del mundo; esto es, el mundo elegante, pues la joven no conocía otro. Los diarios llenaban las páginas con las fiestas de *lady* Delacour, los vestidos de *lady* Delacour y las palabras ingeniosas de *lady* Delacour: todo lo que su señoría decía se repetía por gracioso; todo lo que su señoría llevaba se imitaba por elegante. El ingenio femenino en ocasiones depende de la belleza de quien lo posee, pues constituye toda su reputación, y el reino de la belleza es proverbialmente breve; a menudo la moda, caprichosa, abandona a sus favoritas aun antes de que la naturaleza marchite sus encantos. *Lady* Delacour parecía ser una afortunada excepción a tales reglas: mucho después de haber perdido el frescor de la juventud, seguía siendo admirada por su gracia elegante; mucho después de dejar de ser una novedad en sociedad, su compañía era cortejada por todo aquel que fuera alegre, ingenioso o galante. Dejarse ver en público con *lady* Delacour o visitarla en su casa eran privilegios que muchos ambicionaban con vehemencia, y todos los conocidos de Belinda la felicitaban y envidiaban que la dama la hubiese admitido como protegida. ¿Cómo no iba a considerarse afortunada?

Poco después de su llegada a la mansión de *lady* Delacour, Belinda comenzó a ver a través del fino velo con que los buenos modales ocultan la infelicidad doméstica. Fuera de casa y en ella, *lady* Delacour era dos personas distintas. Fuera se mostraba toda vida, espíritu y buen humor; en casa, indiferente, irritable y melancólica. Parecía una actriz mimada fuera del escenario, demasiado estimulada por los aplausos y exhausta por los esfuerzos de encarnar a un personaje. Cuando la casa estaba llena de una multitud bien vestida, deslumbraba con sus luces y resonaban la música y el baile, *lady* Delacour, en su papel de señora de los placeres, era el alma y el espíritu del deleite y la animación. Pero en el momento en que se retiraba la compañía, cuando la música cesaba y se extinguían las lámparas se deshacía el hechizo.

A veces caminaba de arriba abajo por el magnífico salón vacío absorta en pensamientos que parecían de la más dolorosa naturaleza.

Durante los primeros días tras su llegada a la ciudad, Belinda no supo nada de lord Delacour; su esposa solo pronunció su nombre una vez cuando, mientras le enseñaba la casa, dijo sin querer: «No abras esa puerta. Ahí solo están los aposentos de lord Delacour». La primera vez que Belinda vio a su señoría, este iba inconsciente de la borrachera en brazos de dos lacayos, que lo cargaban escaleras arriba camino de la alcoba; *lady*

Delacour, que acababa de regresar de los jardines de Ranelagh, le dedicó una mirada de soberano desprecio al cruzarse con él en el rellano.

—¿Qué sucede? ¿De quién se trata? —preguntó Belinda.

—Es solo el cuerpo de milord Delacour —respondió la dama—. Sus portadores lo han traído por la escalera que no es. Volved a bajarlo, amigos míos, y dejad a su señoría a su aire... No te muestres tan escandalizada y sorprendida, Belinda. ¡No seas tan cándida, muchacha! El funeral del intelecto de milord es una ceremonia de cada noche, o más bien —añadió tras observar el reloj y bostezar— debería decir «de cada día». ¡Las seis, nada más y nada menos!

A la mañana siguiente, mientras *lady* Delacour y la señorita Portman seguían a la mesa después de un desayuno muy tardío, lord Delacour entró en el comedor.

—Lord Delacour... sobrio, querida —le dijo la dama a Belinda a modo de presentación.

Lord Delacour, sobrio, no le pareció más agradable o racional que lord Delacour ebrio. Su semblante abotargado y macilento expresaba un hosco desagrado y una inveterada obstinación.

—¿Qué edad crees que tiene milord? —susurró *lady* Delacour al ver que Belinda se fijaba en el temblor de la mano al llevarse la taza de té a los labios. Continuó en voz alta—: Hagamos una apuesta. Me apuesto tu vestido para el baile del cumpleaños del rey, con sus flecos dorados y la corona de laurel amarilla, a que no aciertas...

—¿No tendrás pensado ir a esa fiesta de cumpleaños? —intervino su esposo.

—Te doy seis oportunidades; estoy segura de que no acertarás en dieciséis años —continuó *lady* Delacour sin dejar de mirar a Belinda.

—No podrás usar el carruaje nuevo que habías encargado —dijo el caballero—. ¿Me harías el honor de escucharme, *lady* Delacour?

—Así que no te atreves a aventurarlo, Belinda —prosiguió la dama sin dedicarle la más mínima atención a su esposo—. Creo que tienes razón: seguro que habrías dicho sesenta y seis en lugar de treinta y seis. Claro que puede beber más que cualquier otro bípedo en todos los dominios de su majestad, y ya sabes que esa es una ventaja que bien vale veinte o treinta años de la vida de un hombre, máxime la de aquellos que no tienen otra posibilidad de distinguirse.

—No habría estado mal que ciertas personas se hubieran distinguido un poco menos en el mundo —replicó su señoría.

—¿Ah sí? Pues qué aburrimiento.

—En tal caso, te aburriré aún más al informarte de que no admitiré que me contradigan ni que se rían de mí. A buen entendedor... ¡Y sería aconsejable, con aburrimiento o sin él, que *milady* Delacour tuviera más en cuenta su propia conducta y menos las de los demás!

—Y menos «la de» los demás, querrá decir su señoría, si es que quiere decir algo. Por cierto, Belinda, ¿no me habías dicho que Clarence Hervey iba a venir a Londres? ¿Aún no lo conoces? Entonces, te lo voy a describir en negativo. No es un hombre que jamás diga nada «aburrido». No es un hombre que deba animarse con media docena de botellas de champán antes de salir de casa. No es un hombre que cada vez que haga algo lo haga mal y luego no lo corrija. No es un hombre cuya importancia toda, si estuviera casado, dependería de la esposa. No es un hombre que, si estuviera casado, tendría un miedo tan cerval de ser gobernado por la esposa que se volvería jugador, tratante de caballos o bebedor con el único fin de demostrar que puede gobernarse a sí mismo.

—Adelante, *lady* Delacour —dijo su señoría tras procurar en vano equilibrar una cucharilla sobre el borde de la taza de té durante todo este parlamento, expuesto con el más vivo deseo de provocar—, adelante. Mi único deseo es que continúes. Clarence Hervey te estará de lo más agradecido y estoy seguro de que yo también. Adelante, *milady*. Hazme el favor de seguir.

—Nunca te haré favor alguno, milord, puedes estar seguro de ello —exclamó la dama, mirando a su esposo con indignado desprecio.

Su señoría silbó, llamó para que le preparasen los caballos y se miró las uñas sonriente. Atónita y sumamente confusa, Belinda se levantó con intención de abandonar el comedor, pues temía la grosera continuación de este diálogo conyugal.

—El señor Hervey, *milady* —anunció un lacayo al tiempo que abría la puerta. Apenas pronunciadas estas palabras, la dama se adelantó para recibir al caballero con un aire de tranquila familiaridad.

—¿Dónde has estado escondido todo este tiempo, Hervey? —exclamó mientras le tomaba las manos y se las estrechaba—. Sin ti no hay manera de soportar la vida en este estúpido mundo nuestro. El señor Hervey, la señorita Portman... Pero no me mires como si estuvieras medio dormido, hombre. ¿Estás soñando, Clarence? ¿Por qué tienes esa cara?

—¡Oh, he pasado una noche terrible! —respondió Clarence con actitud histriónica, lanzándose a declamar como si estuviera en lo alto de un escenario.

Lady Delacour le preguntó con tono similar:

¿Qué soñasteis, milord? Decídmelo, os lo ruego.

Clarence continuó los versos:

*¡Oh, Señor! ¡Qué dolor me parecía el bailar!
¡Qué terrible estruendo los violines en mis oídos!
¡Qué visiones de damas horrendas en mis ojos!
... Entonces vi venir errante
una sombra parecida a un demonio,
con su brillante cabellera de color rojo, y exclamó en agudos
[gritos:
¡Ha llegado Clarence! ¡El traidor, el inconstante y perjuro
[Clarence!]³*

—¡Vaya, la viva imagen de la señora Luttridge! Ya sé dónde has estado y te compadezco. Ven y siéntate —le dijo mientras le hacía sitio entre Belinda y ella misma—. Siéntate aquí y cuéntame qué te llevó a casa de esa odiosa mujer.

El señor Hervey se dejó caer en el sofá. Lord Delacour volvió a silbar y salió de la estancia sin decir ni una palabra.

—Es curioso, el sueño me ha hecho olvidar los buenos modales —dijo el señor Hervey antes de volverse a Belinda y tenderle la pulsera—. La señora Stanhope me prometió que, si la entregaba sana y salva, me recompensaría con el honor de poder ponerla en el bello brazo de su dueña.

A tal declaración siguió una conversación sobre la naturaleza de las promesas de las damas; sobre pulseras; sobre el tamaño del brazo de la Venus de Médici, de *lady Delacour* y de la señorita Portman; sobre las gruesas piernas de las estatuas antiguas y sobre los diversos defectos y ridiculeces de la señora Luttridge y su peluca. Sobre todos estos temas el

3 N. de la Trad.: En el original, «What was your dream, my lord, I pray you tell me? [...] O lord, methought what pain it was to dance! / What dreadful noise of fiddles in my ears! / What sights of ugly belles within my eyes! / — Then came wandering by, / A shadow like a devil, with red hair, / Dizen'd with flow'rs; and she bawl'd out aloud, / Clarence is come, false, fleeting, perjurd Clarence!». Todo este intercambio juega con los versos de la escena IV del primer acto de *Ricardo III (Richard III)*, de William Shakespeare (1593) alterándolos a medida de los personajes de la novela.

señor Hervey mostró un gran ingenio, galantería y habilidad satírica con tan feliz efecto que, cuando se fue, Belinda era de la misma opinión que su tía: se trataba de un joven inusitadamente agradable.

Clarence Hervey podría haber sido algo más que un joven agradable de no haberse visto aquejado por el deseo de que lo considerasen superior en todo y la persona más admirada de todos los círculos. Pronto lo habían adulado con la idea de que era un hombre de genio y él se figuraba que, como tal, tenía derecho a ser imprudente, exaltado y excéntrico. Afectaba ser singular con el fin de confirmar la atribución de genialidad. Poseía un considerable talento literario, por el cual había destacado en Oxford, pero tenía tanto miedo a pasar por pedante que, cuando se encontraba en compañía de vagos e ignorantes, fingía desdeñar todo conocimiento. Su carácter camaleónico parecía variar según la luz y conforme a las distintas situaciones en que se hallase. Podía ser cualquier cosa para cualquier hombre o mujer. Se le suponía un favorito entre el bello sexo y, de todas sus variopintas virtudes y defectos, no había ninguno que valorase tanto como la galantería. No era disoluto, pues tenía un fuerte sentido del honor y prestos sentimientos de humanidad, pero era tan fácil de dirigir o, más bien, tan fácil de animar por sus compañeros, y eran estos de tal clase que era probable que pronto se entregase al vicio. En cuanto a su relación con *lady* Delacour, habría contemplado con horror la idea de perturbar la paz de una familia; mas en aquella familia, pensaba él, no había paz que perturbar. Se envanecía porque el mundo hubiera visto cómo lo había distinguido una dama de tanta inteligencia y elegancia, y no sentía la obligación de ser más escrupuloso o prestar más atención a las apariencias de lo que hacía la dama. Los celos de lord Delacour ora lo provocaban, ora le divertían y, en ocasiones, aun lo halagaban. Asistía con constancia a todas las fiestas de la dama, públicas y privadas, por lo que veía a Belinda casi a diario. Y a diario la veía con creciente admiración por su belleza y con creciente temor a caer en sus redes y acabar casándose con una sobrina de «la cazamaridos», el sobrenombre que le daban a la señora Stanhope los caballeros de su círculo. Siempre se cree que las jóvenes que tienen la mala suerte de ser «guiadas» por estas damas arteras participan de tales especulaciones aunque su nombre no aparezca en la firma. Si no hubiera sido por sus prejuicios respecto al carácter de la tía, el señor Hervey habría considerado a Belinda una muchacha sencilla y desinteresada; no obstante, sospechaba artificio en cada palabra, mirada y movimiento, y cuanto más encantado se sentía por su capacidad de agradar, mayor era

su inclinación a despreciarla por lo que creía un dominio prematuro de científica coquetería. Carecía de resolución suficiente como para permanecer apartado de la esfera de su atracción, pero con frecuencia, al verse inmerso en ella, maldecía tal locura y retrocedía con repentino pavor. La actitud que mostraba hacia la joven era tan variable e inconstante que esta no sabía cómo interpretarla. En ocasiones se figuraba que con toda la elocuencia de los ojos él le decía: «Te adoro, Belinda». En otras, imaginaba que su silencio cauteloso quería advertirle que estaba tan embaucado por *lady* Delacour que no podría liberarse de sus lazos. Cada vez que tal idea le venía a la cabeza, excitaba de la manera más edificante su indignación contra la coquetería en general y contra su señoría en particular y veía con claridad meridiana todas las faltas en la conducta de la dama. El sentido moral recién adquirido de Belinda se veía tan sacudido que acabó escribiendo a la tía Stanhope una relación completa de sus observaciones y escrúpulos para concluir pidiéndole que no la dejase bajo la protección de una dama cuyo carácter no podía aprobar y cuya intimidad acaso pudiera dañar su reputación, si no sus principios.

La señora Stanhope respondió a la carta de Belinda con un tono cauteloso. La reprendió severamente por la imprudencia de mencionar nombres de aquel modo en una carta enviada por correo común. Le aseguró que su reputación no estaba en peligro; que esperaba que ninguna de sus sobrinas fuera tomada por una mojigata, un carácter aún más sospechoso para los hombres de mundo que el de una coqueta; que la aludida era una acompañante perfecta para que cualquier jovencita se mostrase en público siempre que la visitasen las personas más importantes de la ciudad; que en todo lo relativo tanto a la conducta «privada» de aquella persona como a las «discusiones privadas» entre ella y su señoría, Belinda debería guardar un profundo silencio sobre cualquier tema peliagudo tanto en sus cartas como en las conversaciones; que mientras la dama siguiera bajo la protección de su esposo, el mundo murmuraría, pero no alzaría la voz; que, en cuanto a los principios de Belinda, sería totalmente inexcusable si, tras la educación que había recibido, estos se vieran menoscabados por cualquier mal ejemplo; que no podría ser demasiado precavida en el manejo de un hombre del carácter de...; que no podría haber causa «seria» para los celos en lo que había advertido, pues ese matrimonio no podía ser objeto de semejante sentimiento y era tal la diferencia de edad que la dama no podría ejercer influencia permanente alguna; que el método más certero para que la señorita Portman quedara expuesta al ridículo de una

de las partes y a la total indiferencia de la otra sería mostrar inquietud o celos; que, en resumen, si era lo bastante necia como para poner en juego su corazón, habría pocas posibilidades de ser lo bastante perspicaz como para ganarse el de..., que evidentemente era un hombre más de galantería que de sentimientos y de quien se sabía que jugaba bien sus cartas y a quien la suerte sonreía siempre que el triunfo «pintaba en corazones».

Los temores de Belinda en cuanto a *lady* Delacour como peligrosa rival se vieron aplacados sobremanera por las astutas insinuaciones de la señora Stanhope con respecto a su edad y demás, y conforme estos temores se fueron reduciendo, Belinda se reprochó haber juzgado con excesiva dureza la conducta de la dama. La idea de que mientras fuera amiga de *lady* Delacour no debería divulgar historia alguna que la pusiera en mal lugar arraigó con fuerza en su mente y ya se arrepentía de haber dicho lo que había visto en privado, aunque solo hubiera sido a su tía. Se consideraba culpable de traición, por lo que de inmediato volvió a escribir a la señora Stanhope para pedirle que quemara la última carta, que a ser posible olvidara su contenido y que confiase en que ni una sílaba de naturaleza similar volvería a oír de sus labios. A punto de concluir con las palabras: «Espero que mi querida tía considere todo esto un error de juicio y no de corazón», *lady* Delacour irrumpió en la estancia y exclamó con alegría:

—¿Tragedia o comedia, Belinda? Los vestidos para el baile de máscaras ya están aquí. Pero ¿qué veo? —añadió, fijándose en el rostro de la joven—. ¡Lágrimas en los ojos! ¡Encarnadas las mejillas! ¡Tembloros en las piernas! ¡Y cartas escondidas a toda prisa! Ay, inocente, ¡qué extraña forma de esconderlas! Una sobrina de la señora Stanhope con tan poca maña... ¿Y quién podría creer que ibas a temblar de forma tan ridícula por un par de cartitas de amor?

—No son cartas de amor, *lady* Delacour —respondió Belinda, aferrando con fuerza las hojas mientras su señoría, medio en broma medio en serio, intentaba arrebatárselas.

—¿Que no son de amor? Entonces, serán de traición y por las buenas o por las malas he de verlas. ¡Se distingue el nombre de Delacour!

La dama aferró las cartas a pesar de todos los esfuerzos de Belinda por impedirlo.

—Por favor se lo pido, ¡no las lea! —imploró juntando las manos—. Si no queda otro remedio, lea la mía, la mía únicamente, no la de mi tía Stanhope. ¡Oh! ¡Se lo ruego, se lo suplico, por lo que más quiera! —exclamó antes de ponerse de rodillas.

—¿Me lo ruegas y me lo suplicas por lo que más quiera? Suenas igual que la duquesa de Brinvilliers, que escribió en la nota de sus venenos: «A quienquiera que encuentre esto le ruego y le suplico en el nombre de más santos de los que puedo recordar que no despliegue esta hoja».⁴ ¡Qué tonta, saber tan poco de la curiosidad humana!

Mientras hablaba, *lady* Delacour abrió la carta de la señora Stanhope, la leyó de principio a fin, la dobló con indiferencia una vez acabada y no dijo más que:

—Lo de «la aludida» es casi peor que poner el nombre completo. ¿Acaso la señora Stanhope cree que hay que ser fiscal general para descifrar una insinuación en una calumnia o rellenar un espacio en blanco? —dijo mientras señalaba el hueco en la carta donde la dama había omitido el nombre de Clarence Hervey.

Belinda se sentía demasiado confundida como para hablar o pensar.

—Tenías razón al jurar que no eran cartas de amor —continuó la dama mientras soltaba las hojas—. Confieso que te las quité para gastarte una broma. Lo siento. Lo único que puedo hacer es no leer el resto.

—No, por favor. Le ruego..., me gustaría..., insisto en que lea también la mía —respondió Belinda.

Cuando *lady* Delacour hubo terminado de hacerlo, su semblante mudó al punto.

—Reconozco que vales cien veces lo que tu tía —dijo, dándole un suave cachete en la mejilla—. Qué maravilla encararlo todo con un corazón nuevo. Hoy en día todos los corazones son, en el mejor de los casos, de segunda mano.

Lady Delacour habló en un tono sentimental que Belinda no le había oído hasta entonces y que, en aquel instante, le llegó tan hondo que hubo de tomarle la mano y besársela.

4 N. de la Trad.: En un famoso caso juzgado en Francia en 1676, Marie Madeleine Marguerite d'Aubray, marquesa de Brinvilliers, fue declarada culpable de envenenar, entre otros, a su padre y a su hermano a raíz de unas cartas y unos diarios que guardaba su amante.